

FEDERICO SANTANDER RUIZ-GIMÉNEZ

LO QUE DEBE SER UN SOLDADO

Conferencia pronunciada en el Centro recreativo
"España" (Casa del Soldado), de Vitoria, el
23 de Diciembre de 1923.

SL
F-46

MADRID
TIP. DE LA VIUDA E HIJOS DE CRIADO
Divino Pastor, 10
1924

SL
F.46

FEDERICO SANTANDER RUIZ-GIMÉNEZ

LO QUE DEBE SER UN SOLDADO

Conferencia pronunciada en el Centro recreativo
"España" (Casa del Soldado), de Vitoria, el
23 de Diciembre de 1923.

R. 29.964



MADRID
TIP. DE LA VIUDA E HIJOS DE CRIADO
Divino Pastor, 10
1924

Señoras:
Señores:
Soldados de la Patria y del Rey.

Los “estados” de don Juan Manuel

Hace siglos, allá en mis tierras de Castilla, un infante que gustaba de emplear en el cultivo de las letras los ocios que le dejaba e ejercicio de las armas, escribió estas palabras: «Todos los estados de la tierra se encierran en tres: y al uno llaman de los defensores; y al otro de los oradores. y de los labradores al otro». Así, desde su castillo de Peñafiel—que por ser en su silueta como un navío de alto porte y de tajante proa, da apariencia de mar a la llanura que se extiende a sus pies—el infante don Juan Manuel condesaba en tres clases todas las categorías profesionales en que la división del trabajo social reparte a los hombres. Y ved—soldados de España—como aquí, en este acto, se cumple la afirmación lejana de aquél príncipe que supo de la guerra, de la poesía y de la ciencia; que peleó contra la morisma y escribió libros de buenos ejemplos y trazó reglas para los nobilísimos deportes del cabalgar y de la caza, y en el siglo xx, como en el xiv, perduran los «estados», y ante vosotros que sois «los defensores», los de la acción y la fuerza, comparece un hombre que viene del estado de los «oradores», del mundo del pensamiento y de la palabra que también son, y deben ser siempre, acción fecunda y fuerza poderosa.

Y es la primera lección que se desprende de este acto—lección que yo me apresuro a subrayar, temeroso de que por culpa mía no puedan extraerse de él más provechosas enseñanzas—, este feliz consorcio entre defensores y oradores, que nos muestra cómo, aun en las horas más críticas, puede mantenerse entre ellos un contacto cordial.

La voz de la Patria

Ha bastado que suene una voz de mujer, y que esta voz haga un llamamiento en nombre de la Patria, para que yo, cumpliendo una promesa formulada hace tiempo, me ponga a las órdenes de estas nobles damas alavesas—que de tan ejemplar manera saben cumplir, con sus deberes hogareños, aquellos otros altos deberes que imponen el patriotismo y la ciudadanía—, y venga a este Centro (modelo digno de ser imitado por todos sus similares) que oficialmente lleva un nombre que para los españoles está por encima de todos los nombres de la tierra: «España»; pero al que corrientemente se designa con el apelativo de la «Casa del Soldado», más íntimo, más dulce, porque en él hay calor de hogar, tibieza de regazo, ternuras maternas; porque dice cómo esta institución es, en el trasplante que el deber impone al hombre en su mocedad, un refugio, una proyección familiar, un vivero sentimental, un invernadero de añoranzas.

No podíais—señoras—ofrecerme tribuna más excelsa, ni procurarme auditorio más grato para mí que un auditorio de soldados. No es la primera vez que tengo este honor, este orgullo, y tué la ocasión más solemne aquélla en que hablé a los soldados de mi Patria en tierra marroquí, teniendo por pálpito de mi oración, trémula y fervorosa, la cruz de Monte Arruit ¡aquella terrible cruz de Monte Arruit, formada, más que por las piedras que mal cubrían una fosa, por las osamentas que allí dormían en agitado sueño, calcinadas por el sol de Africa, impío y enemigo!... Nada podrá disipar en mí el recuerdo, nada superará la emoción, de aquél momento en que hablé a tres mil soldados españoles—infantes, ginetes, artilleros: vascos, catalanes, castellanos—rezando un responso en el que yo tan solo puse las palabras, porque la emoción subía de aquella tumba trágica en que yacían sin reposo, los esqueletos, profanados, y mutilados, de tres mil hermanos nuestros que parecía se animaban, como en el sueño del profeta Ezequiel, y cobraban alma y vida pidiendo castigo, reparación, enmienda, para que su sacrificio fuera redentor como debía serlo, pues para evitar que en lo sucesivo se reprodujesen los errores que habían ocasionado aquella inmolación, estaban allí, fuertes, entusiastas, animosos, aquellos tres mil mozos, y para borrar la triste página de la pasada desventura sonaba a intervalos, rotunda, mag-

nífica, simbólica, apagando mi pobre voz de hombre civil, la voz augusta del cañón de Atlaten... (Aplausos).

La espada y la palabra

Unidas estuvieron entonces la espada y la palabra, como lo están ahora, y como lo han estado siempre, pues ha querido Dios que desde el Génesis fueran inseparables compañeras. En el drama inicial, el que inauguró el vasto escenario del mundo, fué la palabra la que dijo el prólogo creador: «En el principio era el Verbo»... El Verbo divino, tonante y fecundo, fué el que por su sola virtud pobló el universo desolado y desierto; esparció por el infinito mundos, soles y estrellas; llenó el planeta con mares, valles, montañas; puso aves en los bosques y bestezuelas en los prados; formó al hombre y a la mujer, la pareja que sobre todo aquello había de tener imperio y señorío. Fué después, al desenlace de aquel drama trascendental, cuando la rebeldía del hombre hizo necesario el castigo, cuando a la palabra substituyó la espada: la espada de fuego del arcángel, lugarteniente del Creador, instrumento de la justicia divina; la espada llameante del desahucio; la que arrojó a los pecadores de su paraíso de delicias... Y entonces, como más tarde en el momento culminante de la redención, fué otra vez la palabra la que marcó a los pecadores la senda que por el dolor y el trabajo había de llevarles al recobro del bien perdido por su culpa, y la que en las entrañas de la mujer elegida obró el milagro. Porque la palabra; esto es, el Verbo, es lo que se hizo carne en María para redimirnos y salvarnos.. ¡Profundo símbolo, maravilloso símbolo que enseña cómo en la mecánica divina que rige al mundo y a los hombres, la palabra y la espada son resortes supremos, y tócale a ésta, bien sea de llamas o de acero tajante y bien templado, la labor del castigo y de la destrucción, han de ser los que empuñen las refulgentes hojas batidores que en toda jornada de progreso desbrocen el camino, hagan trocha, abran paso... pero la obra constructiva, el hacer, el crear, no puede ser cosa de las espadas sino de la palabra, del Verbo, del fecundo Verbo que no es fuerza de músculos ni violencia material, sino luz, idea, pensamiento, inteligencia... ¡espiritualidad! (Grandes aplausos).

Lo que es un soldado

Aceptando el grato cargo de hablar ante vosotros—soldados de la guarnición de Vitoria—fácilmente hallé el tema de mi charla; decidí sin titubeos hablaros de lo que es y debe ser un soldado, señalando cuáles han de ser sus notas diferenciales y características. Claro es que presumo y afirmo que sabéis lo que es un buen soldado y que se os ha aleccionado sobre ello; pero no sobrará cuanto se diga, pues, a mi juicio, de todos los problemas que al hombre le plantea la vida, ninguno más trascendental que el de la conciencia de su propia personalidad.

Vamos por el mundo un poco a la ligera, sin pensar en la gravedad de nuestro destino, y el destino nos arrastra como cuerpos inertes en lugar de ser nosotros los que reflexivamente le rijamos. Y el amor nos hace primero novios, luego esposos, padres más tarde, y ¡a vocación, unida a la necesidad, nos hace obreros, artífices, hombres de estudio, de gabinete y de consulta; y el deber nos viste un uniforme, nos ciñe una espada al costado, echa sobre nuestros hombros una tercerola o un fusil... y todo lo aceptamos, alegre o tristemente, según el humor de cada cual, pero con frivolidad. Del amor vemos la belleza y la ternura de la mujer amada, la sonrisa del hijo, y en ¡a profesión o en el oficio vemos el sueldo o el jornal y la fatiga del trabajo; y en el servicio militar vemos el uniforme, la postura marcial que nos presta el brillo de las armas, las penalidades del cuartel... pero no penetramos lo que hay debajo de estas exterioridades; no acertamos a descubrir que todo ello, lo mismo lo que llega a nosotros entre las dulces y floridas cadenas del amor que lo que se nos presenta con el adusto semblante del deber, es, fundamentalmente, una misión y una responsabilidad.

Defender, misión del soldado

¡La misión del soldado! He aquí un mozo en su hogar. En una ciudad, en una aldea, ha ido creciendo un hombre: han sido primero los años infantiles; años blancos, sin historia, en los que toda emoción es emoción a flor de piel y a flor de alma; en los que al llanto, fugaz como lluvia de verano, sucede fácilmente la risa, que es también un relámpago; después la adolescencia con sus ímpetus, sus melancolías, sus atisbos, sus iniciaciones en la vida que es ini-

ciarse en el dolor. Con la ciencia del bien y del mal llégale al hombre la dura obligación del trabajo: hay que salir al campo; ayudar a la casa; hacer el aprendizaje en el taller; seguir una carrera... ¡Ya no es la dulce inconsciencia, la envidiable irresponsabilidad de la niñez; mas para compensar toda fatiga y aliviar toda tristeza el mozo tiene un consuelo supremo: su pujante y esperanzada juventud!... Un día, día previsto y temido, recibe el mozo una llamada: la Patria le reclama; y es entonces el reconocimiento, la talla, el sorteo .. el ingreso en caja, la incorporación. Desde su ciudad, desde su aldea, el mozo, con otros mozos, es conducido a una ciudad lejana; entra en un cuartel; viste un uniforme; comienza su vida militar... La existencia regulada a toque de corneta—la diana, la asamblea, el rancho, el pienso, la oración, la retreta, el silencio...—; las mil faenas del servicio...—: la lista y la revista, el acarrear provisiones, el limpiar y abrevar ganado... el manejar sables, machetes, fusiles y cañones... marcar el paso, hacer evoluciones, montar a caballo... la instrucción, las maniobras... En los descansos de este rudo servicio, pasear con las chicas guapas, bailar con ellas los domingos en la plaza; llegarse a las romerías de los pueblos cercanos, que recuerdan las fiestas del lugar; venir a esta casa tan comfortable... gozar, de vez en vez, alguna licencia al lado de los padres, lucir en el pueblo el uniforme tan majo y «postinero», asombrar a los chicos y a las mozas con el relato de lo que se vió por el mundo... y también, cuando es necesario, embarcar, ir a campaña, pelear... ¿Es esto ser soldado?... Si fuera solo esto sería demasiado frívolo o demasiado cruel. La Patria no puede truncar la vida de sus hijos en lo mejor de su edad para sujetarles dos, tres años a una tarea monótona y en sí misma inmotivada; y es calumniarla suponer que los lleva a la guerra, exponiéndoles a todos los rigores, sin una causa que haga inexcusable el sacrificio.

Si el soldado hace todo eso, si al soldado se le exige todo eso, es porque todo eso es necesario para que cumpla su misión, que es la de defender. El soldado es lo que decía el infante don Juan Manuel: «el defensor». Si ahora vosotros, soldados, y con vosotros otros cien mil hombres distribuidos por todo el territorio, os adiestrais en la vida cuartelera para la vida del campamento es para que veinte millones de españoles puedan pacíficamente dedicarse a su trabajo, como os dedicaréis vosotros, cuando cumpláis vuestro servicio y otros mozos vengán a reemplazaros en vuestra misión defensora y tutelar.



El soldado es el descanso del laborioso. Su verdadera misión, más que hacer la guerra, es evitarla. La guerra es para los pueblos, como la enfermedad para el hombre, un trastorno, un desequilibrio, y la misión del soldado, como la del médico, consiste en conservar la salud del enfermo, restablecer rápidamente la normalidad una vez alterada y asegurarla. Un ejército ideal sería aquel que por ser muy temido mantuviera a su Patria en perpetua e inalterable paz, porque nadie se arriesgara a combatir contra él. De un ejército así podría decirse lo que de cierto rey se dijo: «que sin pelear nunca, ganaba cada día una batalla: la que no se atrevían a presentarle sus enemigos».

Las virtudes del soldado: Valor

Defender, precaver, asegurar la paz: he aquí la misión del soldado. Mas ¿cómo ha de ser él para cumplirla? ¿Cuales serán sus cualidades? La primera cualidad ha de ser el valor. Es la virtud castrense, la virtud militar por excelencia. Decir soldado, es decir hombre valeroso. No es la profesión militar la única en que el valor se exige, pues otras hay que lo requieren, pero en ninguna como en aquella el valor se hace consustancial y cualificativo. En otras profesiones hay que afrontar riesgos, pero solo en la milicia el riesgo es tan inherente a la función que puede llegar a ser medio indispensable para que se cumpla el fin el sacrificio de la vida.

Equivocadamente el valor suele definirse y caracterizarse como un ímpetu audaz, como un empaque retador y altanero. Semejante valor es un valor vicioso, una perturbación, o mixtificación, del valor que en ocasiones aparece como una petulancia de hombres realmente valerosos, pero que no tienen el pudor de su arrojo y lo exhiben como un penacho, y en otras es una farsa, un gesto engañoso como el del erizo que yergue sus púas para tomar un aspecto espantable y disimular su debilidad.

No ha de ser así, no puede ser así, el valor del soldado. No ha de ser un ímpetu, un arrebató, una violencia irreflexiva. Y, mucho menos, ha de ser una pasión. El soldado ha de ser entusiasta, pero no apasionado. Los móviles que lleven la mano del soldado a la empuñadura de su espada, han de ser siempre altos, puros y desinteresados móviles. El valor es, sustancialmente, una estimación. Alardear de él, exhibirlo, es una impertinencia; derrocharlo, una dilapidación. Es el valor tesoro que no conviene malgastar fútilmente en

aventuras, sino ahorrarlo para volcarlo íntegro cuando lo merezca la ocasión. El valor, el verdadero valor, se compone de muchas prudentes reservas, de muchas discretas omisiones, y de una sola acción arrojada y heroica.

Recuerdo haber oído decir a un general—dirigiéndose por cierto a dos oficiales vitorianos que se incorporaban al ejército de operaciones de Africa—: «Sean ustedes valientes, pero nunca imprudentes. Si al salir de aquí veo que a la izquierda hay un hombre borracho que armado de una gran navaja estorba el paso, y yo puedo ir por otro lado, no arrostraré un peligro innecesario; pero si forzosamente he de pasar por donde está aquel hombre, me dispondré serenamente a luchar con él y vencerlo, en lugar de dejarme vencer». ¡Admirable consejo que encierra toda una teoría del valor! No buscar el peligro sin necesidad, pero no rehuirlo, y afrontarlo, cuando sea preciso, con el firme propósito del triunfo. Porque la abnegación, el dejarse matar, es bueno para el mártir, pero el soldado debe poner su voluntad no en morir sino en vencer. Aquel general, que tan discretamente hablaba a sus oficiales, acababa de escribir una de las páginas más brillantes de la campaña llevando un convoy a una posición amenazada y aislada hacia varios días. Y lo había hecho tranquilamente, sosegadamente, serenamente. Porque el valor tiene que ser serenidad. Cuando está hecho con esencias de serenidad, el valor engendra héroes. Este valor sereno, que da claridad a la mirada, que permite taladrar el porvenir, horadar el arcano, y que ni ante el fantasma de la muerte se nubla ni perturba, es el que crea el tipo de Eloy Gonzalo, que al salir a incendiar el bohío en que se refugiaba el enemigo, pide, seguro de su muerte, que aten una cuerda a su cintura «para que tiren de su cadáver y lo rescaten...» Este valor sereno, reflexivo, imperturbable es el que inspira a Giosué Borsi, joven poeta italiano muerto en la última guerra, esta carta dirigida a su madre: «Ante la muerte inevitable veo, madre mía, con claridad radiante, que los hombres necesitan confianza, disciplina, concordia, unidad; que la Patria, la familia, el hogar son cosas necesarias, y criminales los que intentan deshacerlas. Que el ideal supremo es amor y libertad para todos los hombres, y que por este ideal es hermoso morir... ¡Despedida sublime que desde las fronteras de la muerte un mozo como vosotros, un soldado como vosotros, lanza al mundo, y que yo quisiera que recordárais siempre! ¡Patria, amor, libertad! ¡Ideales supremos que merecen todos los sacrificios, hasta el de la vida; por los que hay que morir,

como murió Borsi; por los que hay también que vivir, defendiéndoles diligente y tenazmente, cada día, cada hora, cada minuto; no permitiendo que se ofenda a la Patria; evitando que al amor entre todos sustituya el odio de unos contra otros; no tolerando que por ninguna causa, pues ninguna bastará para justificarlo, sea sofocada y ahrojada la libertad!... (Grandes aplausos).

Templanza

Es la segunda cualidad del buen soldado. Quizás parezca extraño que se la incluya entre las cardinales virtudes militares. Pues qué ¿no es más bien la templanza una virtud monástica, de frailes en clausura? ¿No son templanza y milicia términos antitéticos? ¿No es condición de los ejércitos cierta desenfadada licencia, cierto alegre y suelto vivir que hasta en los más rígidos censores halla disculpa y tolerancia?... Mas yo os digo que no: que la destemplanza no es virtud de milicia, sino vicio de soldadesca. La templanza ha de ser al soldado lo que a su espada el temple. ¡Ah, las hojas españolas; las de las espadas toledanas, las hechas con acero guipuzcoano, de Mondragón o de Udaleta, y refrescadas con agua del Tajo; las que después de resistir la triple prueba del plomo, de la muletilla y del cazo supieron rasgar el aire desde Flandes a Nápoles, desde el Milanesado hasta América, abriendo dilatados horizontes a la gloria de España!... Espejo han de ser del alma del soldado que como ellas ha de estar luciente, bruñida y bien templada, resistiendo a triple prueba de la incontinencia, el apasionamiento y el rencor! Sólo merecerá colgar la noble espada en su tahalí el soldado, que en toda ocasión, y más que nunca en el momento de las trascendentales decisiones, sepa tener templanza, esto es; sosiego, ánimo ecuánime, elevación, imparcialidad, no mezclando en lo que es de la Patria lo que solo sea de su pasión, de su amistad, de su odio, de su ambición o de su vanidad; el que sepa mantenerse serenamente sobre toda parcialidad y sobre todo encono, y pueda grabar, en su corazón como en su acero, el mote de las viejas hojas toledanas; «Soy de la razón y para la justicia; pero no de la pasión y para la venganza» (Grandes aplausos).

Cuenta Gracián que al visitar Andrenio y Critilo la «Armería del valor», en que se guardaban los gloriosos trofeos de los más gloriosos capitanes, como echaran de menos las espadas de Alejandro Magno y de César Augusto, se les dijo: —«No las busquéis aquí

porque no están, pues aunque vencieron al mundo no supieron vencerse a sí mismos. Alejandro sujetó a la India, pero no sujetó su ira; César esgrimió su espada contra los de su ciudad y segó las cabezas más nobles y más sabias de Roma... ¡Saludable ejemplo este del jesuita aragonés, que dice cuanto importa al soldado vencerse a sí mismo si ha de hacerse digno de que su acero figure, como glorioso trofeo, en la «Armería del valor!» (Ap!ausos).

Caballerosidad

Cualidad del soldado es la caballerosidad, tan peculiar que en algún tiempo soldado y caballero eran equivalentes y sinónimos. Guerrear era oficio de nobles y de hidalgos, y aun hoy, a pesar de las mudanzas de los tiempos, la profesión de las armas conserva su caballeresca condición, y las familia próceres, comenzando por las más augustas, tienen a honra el que los suyos vistan el uniforme militar. Todo el misterio de la milicia, que es al mismo tiempo la mayor aristocracia y la democracia más perfecta, está en esa dignidad que se concede a la función castrense; en ese sentido de nobleza que permite que el hijo del Rey ostente con orgullo el mismo hábito sencillísimo que viste el mozo más humilde del reino; que hace que en los últimos peldaños de la jerarquía militar, en las filas, como soldados rasos figuren los jóvenes de mayor alcurnia mezclados, confundidos, igualados con los más oscuros y modestos.

Pero no es el uniforme ni el hábito el que hace al caballero, porque la caballerosidad no es un ropaje sino una superioridad moral formada por el ejercicio de virtudes. Y las virtudes que integran la caballerosidad son: veracidad, lealtad, compostura, galantería. El buen caballero, lo que equivale a decir el buen soldado, ha de ser veraz en sus palabras, leal en su conducta, comedido en su lenguaje y en sus obras, y en su trato con la mujer rendido y respetuoso.

La mentira, el engaño, el fraude son incompatibles con la caballerosidad; el buen caballero ha de estar despesado con la verdad y servirla siempre como a señora de sus pensamientos. Ninguna mancha afea más al caballero que la falsía y la doblez, y no hay que decir si el fraude llega a la rapacidad. Ha de evitar el buen soldado la ligereza en el lenguaje y la temeridad en el juicio, no aventurando afirmación de la que no tenga prueba cierta y testimonio fidedigno.

Lealtad. ¿Cómo no ha de ser leal el caballero, el soldado? Hasta con el enemigo ha de serlo, que la guerra tiene también sus le-

yes de lealtad. Que en un arrebato, en un momento de ofuscación y de nerviosidad se agravie, se insulte, puede ser disculpable. Mas, decidme soldados; yo apelo a vuestra nobleza: ¿Será posible que el caballero amordace y maniate al insultado, impidiéndole replicar, rechazar el agravio, defenderse? (Aplausos.) No es admisible esto en ley de caballeridad, como no lo es tampoco que el soldado se haga instrumento de la delación, porque aunque la delación y el espionaje sean recursos de guerra, aun en la guerra el espía es algo muy útil ¡pero también algo muy despreciable! (Aplausos).

Virtud del caballero es igualmente la compostura en el porte y en el lenguaje. Una viciosa educación hace que en España sea habitual la torpeza del hablar masculino, y que hasta en los más selectos círculos haya dos lenguajes de recambio: uno para hablar entre señoras y otro para hablar entre hombres solos. No soy un misionero y no he de pretender que la corrección en este punto llegue en los soldados, gente moza y desenvuelta, a extremos que no alcanza entre otros más obligados a guardarlas. Pero sí he de encarecer, y no ya por mi fe de creyente sino por exigencias de educación ciudadana, la necesidad de que el soldado no tenga neciamente por signo de virilidad el uso de un lenguaje soez, que al pretender afrentar a lo que por estar por muy alto no puede de ningún modo ser afrentado, cubre de ignominia al que lo usa con bárbara inconsciencia. (Aplausos).

Galantería. Es ley del caballero. Vuestra ardiente mocedad os impulsa, soldados, hacia la mujer y hacia el amor. ¡Amad en buen hora! Rendid a la mujer el tributo de admiración que todos los hombres la debemos. Pero que vuestro amor sea esto: rendimiento; que cuando el amor es sincero... rendimiento es siempre, aunque la fatuidad quiera hacerlo pasar como conquista. Al enamorar, pensad que como aquella mujer que se os presenta bella, joven, ingenua, indefensa, fué un día vuestra madre y será la que haya de ser madre de vuestros hijos; y este pensamiento os hará respetarla. Que el peso por el cuartel suavice en vosotros la natural rudeza, en vez de aumentarla, y que al volver a vuestro pueblo, la dulzura en el trato, la fineza en el amor, la galantería que trueca el retozo brutal en el tierno requiebro, sea el recuerdo que lleveis de la ciudad, la flor que prendáis en la ventana de vuestra novia. (Aplausos).

Patriotismo

En un catálogo, aunque sea breve e incompleto, de las virtudes militares, no puede faltar el patriotismo. El patriotismo no es una virtud del soldado sino una obligación del ciudadano. A nadie es lícito no amar a su Patria pero en el soldado este deber se hace más inexcusable, porque el soldado está consagrado a la Patria y sujeto a su servicio por un solemne juramento.

Así como en el sacerdote la piedad es más obligatoria que en los fieles, así el soldado ha de enfervorizarse en el amor a la Patria.

El amor a la Patria, como el amor filial, como el amor a la mujer, como todos los puros amores de la vida, es un sentimiento natural que en el hogar debe tener su desarrollo y su cultivo. Mas para aquellos que, por excepción infortunada, no hayan sentido crecer en su alma este amor, el cuartel debe ser escuela de patriotismo.

Yo quisiera—soldados de mi España idolatrada—deciros qué ha de ser y cómo debe ser el amor a la Patria y que cosa es esta Patria, pero temo cansaros.

Habré de limitarme a decir que la Patria es algo indefinible, inefable. «La Patria—dice Donnay—es un horizonte, una catedral, un valle, una montaña, un paisaje, un canto de alborada...» La Patria—dice Geffrov—es tu padre y tu madre y tu novia; las gentes de tu aldea, los mozos con que juegas, el bosque donde vas por leña; y más que eso, es todo tu país con sus ciudades, sus campos, sus ríos y sus mares... Y Barrés, ese Maurice Barrés que acaba de morir, dice: «Un hogar, una iglesia, una escuela, un cementerio; eso es toda la Patria».

He preferido a las mil definiciones españolas que hubiera podido mostrar estas tres definiciones extranjeras, porque corresponden a tres hombres de bien diverso criterio y muy distinta posición ideológica: Donnay es un hombre del siglo, mundano y liberal; Geffrov es socialista; Barrés, nacionalista. Y en los tres ¡ved qué coincidencia al definir la Patria y al sentirla! Y es que la Patria es siempre un vértice supremo en el que convergen todas las disparidades! (Aplausos).

En estos últimos tiempos el patriotismo sufre entre nosotros una grave asechanza. Es la de aquellos que en nombre de un patriotis-

mo angosto condensan todo su amor en la Patria íntima, cercana, y se lo niegan a la Patria mayor, a la adorable, a la insuperable España. Yo estoy seguro de que en todos vosotros arde en el corazón, como una llama, el amor a España, y quiero creer que la planta dañina del secesionismo no ha arraigado en esta noble tierra alavesa, que es toda ella una fusión, un amor, una concordia, porque en ella, simbólicamente, se unen las características de la leyendaria Vasconia y de la hidalga Castilla; porque es aquí, en esta tierra de Alava, en la hondura de sus valles, en el refugio de sus montes, donde con la húmeda melancolía verdegris de su paisaje norteño, sa dulcifican, se suavizan, se ablandan, como en Cantabria, las secas y duras austeridades castellanas... Pero si, por desgracia, hubiera entre vosotros quienes no sintieran el amor a la Patria, quienes la afrentaran e injuriaran, tenedle por enemigo y como a tal tratadlo. Mas no quiero creerlo. Estamos en Alava, Alava, la de la behetría y los tueros; la de la cofradía de Arriaga; la de Rodrigo de Mendarozqueta, el capitán que peleó en las Navas y en las Navas ganó para su escudo la cruz de gavilanes; la que en toda la Historia de la unidad española ha palpitado con sentimientos nacionales, lo mismo en los días en que don Pedro de Ayala, conde de Salvatierra, luchaba por las Comunidades y en la plaza de la Leña, de Vitoria, moría degollado Gonzalo de Barahona en un cadalso hermano del que se alzara en Villalar... hasta esos otros en que, defendiendo la independencía y arrojando al invasor, Vitoria escribía la página que perpetúa ese monumento que yo he visto con emoción esta mañana, dorado por el pálido sol invernizo, envuelto por un bando de palomas que, al posarse en los bronce y las piedras, al rozarlos con sus alas, parecía traer hasta ellos las caricias de todas las almas españolas... (Grandes aplausos).

¡No hay, no pude haber, separatismo en Alava la leal, Alava la española! Habrá, sí, amor a las tradiciones y los usos comarcales, deseo de libertad en la administración de los propios intereses... todo esto es lícito y plausible. Pero separatismo, secesionismo, plurinacionalismo que desgarran la Patria, queriendo hacer muchas naciones chicas de lo que debe ser, y es, por ley de la geografía y de la historia, una nación grande e indivisible, ¡jamás, jamás, jamás...! (Aplausos.) Hay que andar con cautela, sin embargo, para definir separatismos y antipatriotismos, pues el título de patriota a nadie debe serle negado sin fundamento sólido y motivo grave. Para distinguir el regionalismo sano del nacionalismo perverso voy a daros

una norma: Será buen patriotismo, legítimo y respetable, aquel que se funde en el amor y que esté hecho con amor a lo de la región y la ciudad (siempre que este amor sea sincero y no encubra, bajo sus aparentes deseos de reivindicación de fueros, libertades y derechos, un prurito de vanidad o un ansia de «mangoneo»); será separatismo antipatriótico aquel que no esté hecho de amor, sino de odio y se presente siempre agresivo, irritado, como una hostilidad. (Aplausos.) Y la fórmula para conciliar los dos grados de patriotismo, los dos matices sentimentales, debe ser esta: ¡Que las banderas regionales—bermejas, moradas, verdes, blancas, azules—floten libres al viento, pero subordinadas siempre a esos benditos paños, a esos sagrados tafetanes que guardáis en las vitrinas de vuestros regimientos— como reliquias que simbolizan la unidad suprema, e Inatacable, de España!... (Grandes aplausos.)

¡Amor a la Patria! Pero la Patria no es solo un cielo y una tierra, una geografía, un trozo del planeta; es también, y más principalmente, un conjunto de hombres, una comunidad social, un pueblo en suma. Y a la Patria hay que amarla no solo en su expresión geográfica, sino en su expresión humana, que es la más interesante porque en ella está la historia, la raza y el espíritu. El patriotismo exige que la Patria sea amada en sus hombres: en los que fueron, en los que hayan de ser, en los que son, y sobre todo en estos que es lo más necesario y lo más meritorio, porque de los que conviven con nosotros nos separan las diferencias de criterio, los intereses y las enemistades. Por eso no es buen linaje de patriotismo, no es patriotismo puro, sino impurificado por la pasión, el que, con una visión limitada y turbia, concita y exaspera los odios contra los compatriotas y al señalar los males de la Patria pretendiendo, con intención laudable, remediarlos, concreta en unos cuantos los pecadós y echa sobre unos pocos las responsabilidades que en justicia deben gravitar sobre todos. (Aplausos.)

No creo que nadie haya traído hasta vosotros inculpaciones, excitaciones al rencor, pero, de todas suertes, aunque ello no haya sucedido, yo quiero, en nombre del amor a España, que sería una palabra vana o un disfraz de la pasión, del egoísmo, de la ambición o de la vanidad si no fuera amor a todos los españoles, quiero decir que solo de este amor, solo de la concordia entre todos los hijos, puede lograrse la prosperidad de la madre España; que el sosiego en el juicio, la benevolencia al analizar la conducta ajena, siempre recomendables, porque acusan elevación de espíritu, no-

bleza, comprensión, son ineludibles cuando no tenemos la conciencia de nuestra propia inculpabilidad; que mejor que emplear contra nuestros compatriotas los rigores, extremando contra ellos la violencia y el enojo, es guardar, para usarlo contra el enemigo, los odios y los ímpetus... (Grandes aplausos).

Disciplina

Disciplina: sea esta la última virtud que os recomiendo. La disciplina es nervio de toda la vida militar. La disciplina quiere decir maestría en el que manda, subordinación y aprendizaje en el que obedece, deber, jerarquización. Es una cadena de fuertes eslabones que ata a todos los que forman el Ejército, del más alto al más bajo, sin que ninguno pueda escapar a la responsabilidad. «Un general en jefe—decía lord Malville—no es más que un centinela en su puesto». Y un sabio artículo de la ordenanza del rey Carlos previene: «La falta será más grave cuanto mayor sea la graduación del que la cometa...» ¡Admirable precepto que define la jerarquía por la intensidad de la responsabilidad y que enseña, con ejemplar sentido democrático, que los más altos están más obligados a la disciplina y la subordinación!

Esa disciplina, sin la cual sería imposible el Ejército, os obliga a la mayor obediencia a vuestros superiores y al mayor respeto a toda autoridad constituida. Sois «los defensores»; cumplid vuestra misión: Detended. Detended para que, con vuestra defensa, los labradores, esto es; los hombres de trabajo, aren, forjen, laboren en el campo, en el taller, en el comercio, en la industria, en el tráfico; y para que los «oradores», esto es; los hombres de ciencia, estudio y dirección, investiguen, aconsejen, gobiernen. Y que la espada, el arado, el martillo, la pluma, la palabra, trabajen hermanados, cada uno en lo suyo, sin intrusiones peligrosas, ¡pues ya tiene cada uno bastante con atender o lo que es su misión!... (Aplausos.)

Ofrenda

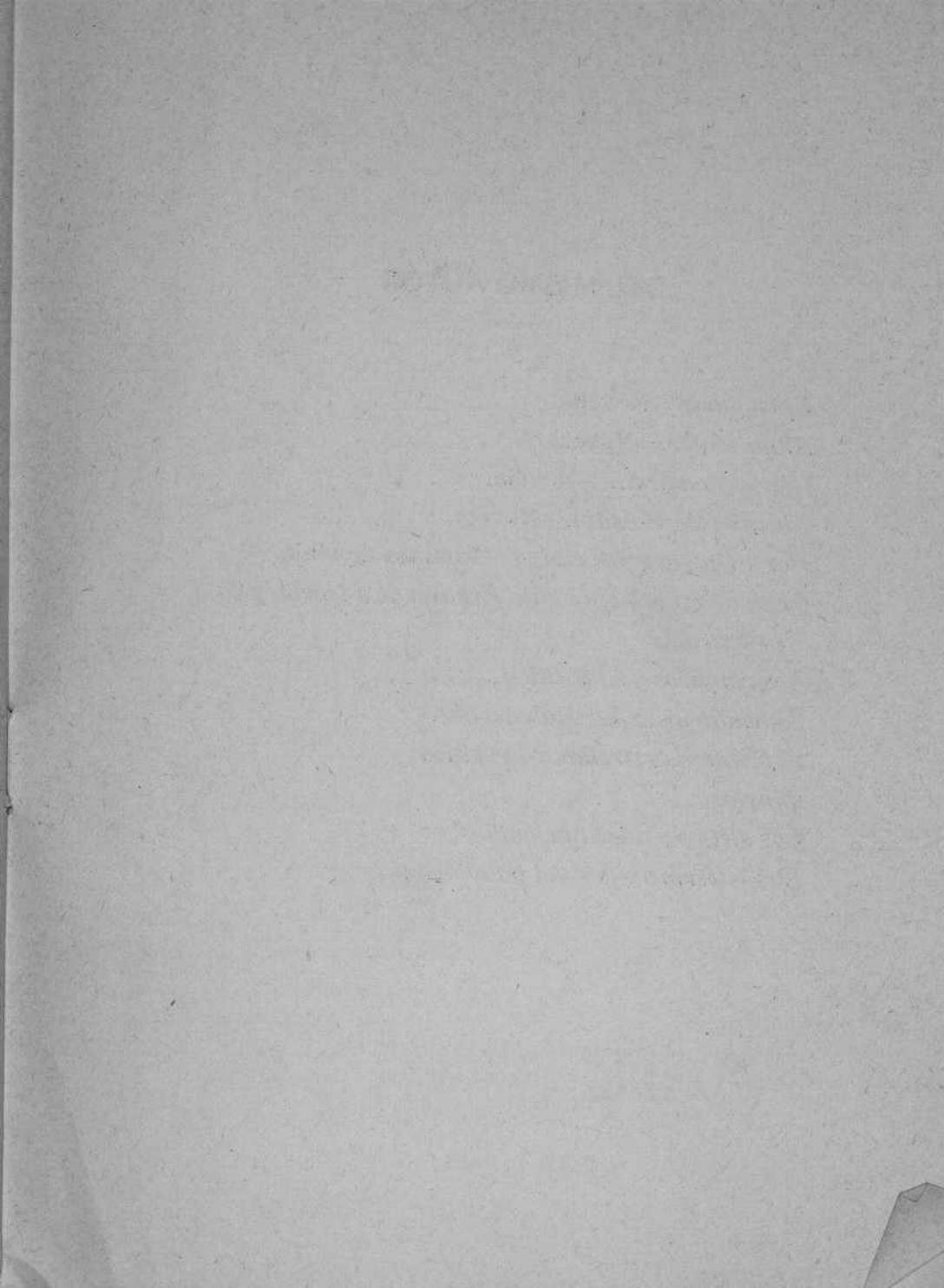
Siendo valerosos, templados, serenos, caballerosos, leales, patriotas, disciplinados seréis buenos soldados de la Patria y del Rey. De la Patria a la que habéis ofrecido vuestra vida; del Rey al que habéis prometido fidelidad y a quien debían dirigirse mis últimas palabras, si estas últimas palabras mías no debieran, en esta fecha

más que nunca, elevarse hasta la dama egregia que con el Rey comparte el trono, haciéndola una ofrenda en vuestro nombre.

Señora:

Los soldados de la guarnición de Vitoria, en el día de vuestro santo, llegan hasta Vuestra Majestad. Son los artilleros del segundo de montaña, capaces de formar con sus cañones en los desfiladeros vascos una muralla que cierre el paso al invasor; son los infantes de Guipúzcoa y de Cuenca, los regimientos que en sus nombres evocan, el uno, el recuerdo de una provincia hermana; el otro, el de una ciudad que en el pasado siglo xix escribió una página heroica en defensa de la dinastía y de la libertad; son los jinetes de Alfonso XIII, que en su estandarte ostentan con orgullo la cruz que el Rey les entregó después de haberla él ganado con su labor humanitaria. Están aquí rindiendo acatamiento a Vuestra Majestad. Porque sois tres veces Reina, por vuestra excelsitud, vuestra bondad y vuestra belleza, porque sois la primera amazona del reino y ceñís vuestra gentileza con el uniforme azul de los jinetes, y sobre el oro de vuestros cabellos alternais, con la diadema, el kalpak de vuestros cazadores; porque lleváis un nombre que es la mejor, la más alta promesa del soldado... estos que aquí celebran vuestra fiesta renuevan el juramento (en cada amanecer, en cada diana renovado) y ofrecen—Señora—con la más fervorosa reverencia a Vuestra Majestad, la lealtad a su Rey y la vida a nuestra amada España. (Prolongada ovación, que se repite al descender el orador de la tribuna y atravesar las filas de soldados. El señor Santander da vivas a España, al Rey y a la Reina que son clamorosamente contestados).





DEL MISMO AUTOR

Epistolario.—Novela.

Alma Mater.—Novela.

¡Por el nombre!...—Novela.

La casa de Balsain.—Novela.

Por Francia y por Suiza.—Apuntes de viaje.

Organización política de España (La teoría y la práctica).

Los católicos y la política.

Comentarios a La Malquerida.

El collar de estrellas y la crítica.

Charlas.

Los siete pecados nacionales.

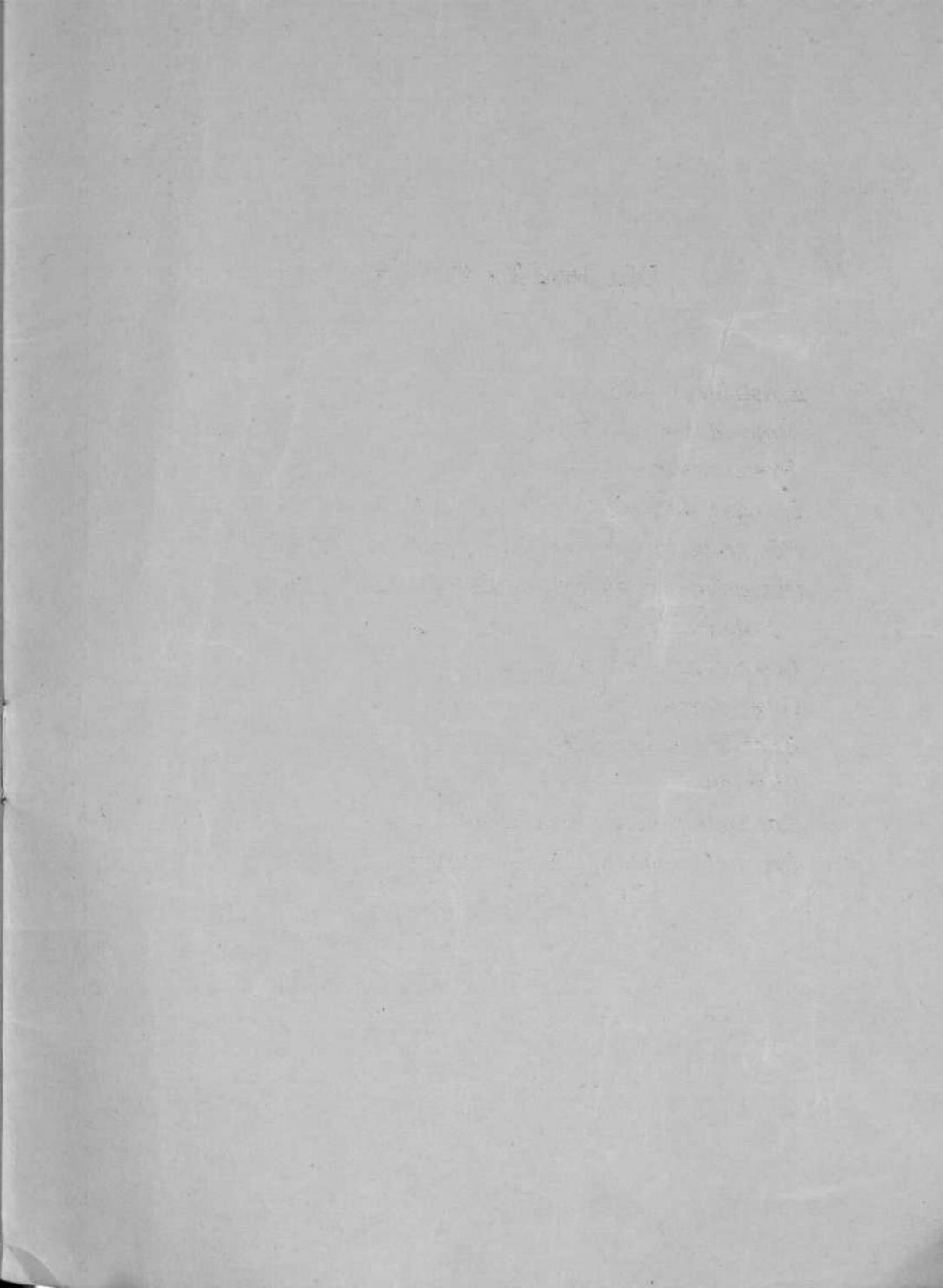
Las enfermedades del patriotismo.

SL F-46

29964



10000141388



352-

1875

1875